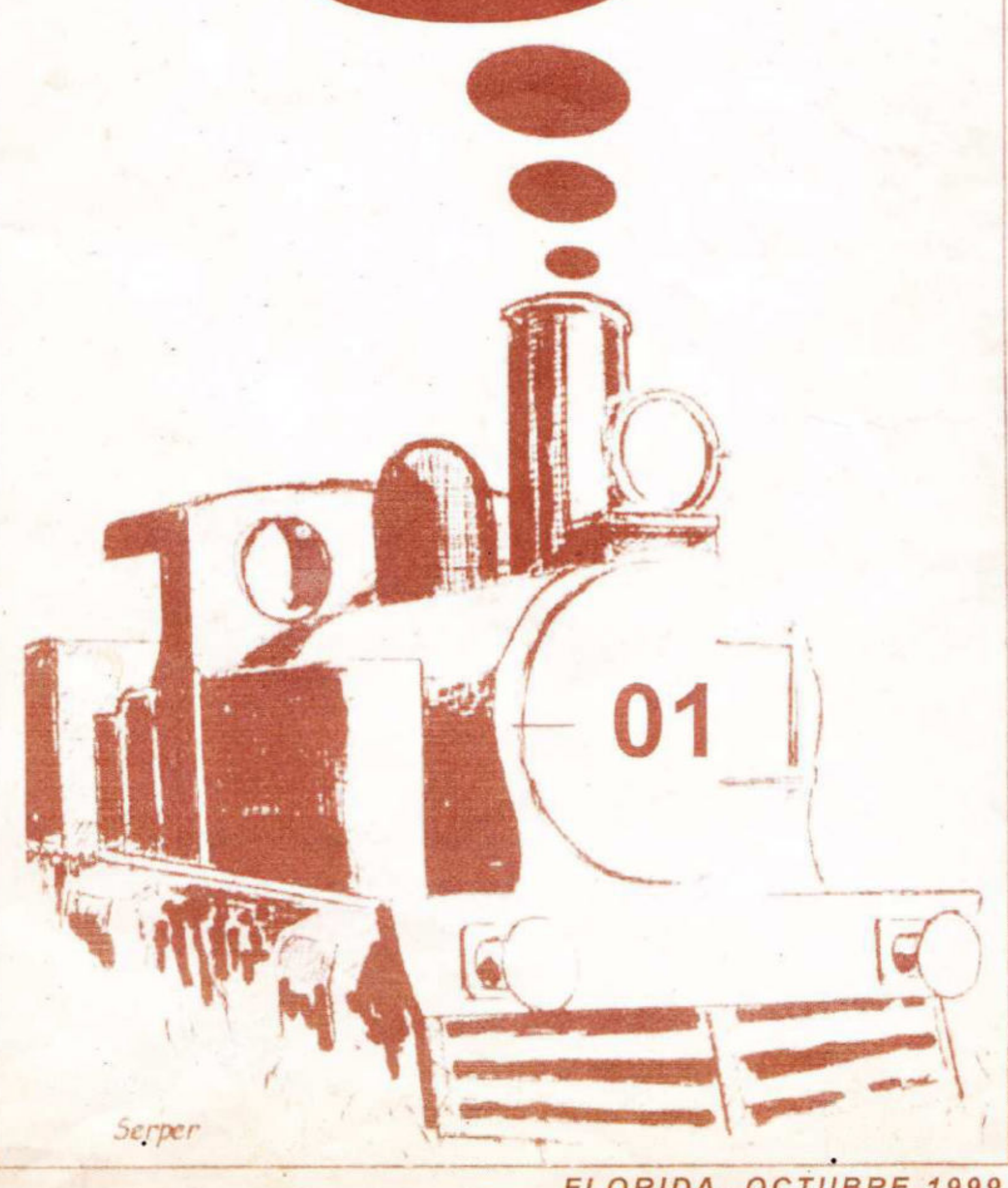
CARLOS PÉREZ D´AURIA

RIELES OXIDADOS



FLORIDA, OCTUBRE 1999

[illegible]
Gracias por
acompañarme
Con cariño
[illegible]

A un gran ferroviario, Marcos A. Pérez Monti

A manera de prólogo (sin pretenderlo)

Como hijo, sobrino y hermano de ferrocarrileros, conocía algunos de los cuentos, pero se habían perdido en mi memoria.

El humo es uno de los productos – o residuos - de las viejas locomotoras vaporeras, que fueron y son un símbolo del ferrocarril.

Los cuentos sin escribir, como el humo, se diluyen en el espacio y en el tiempo hasta que alguien, como Carlos los rescata y los vuelve a la vida...

Por eso recibí con alegría su invitación a colaborar en la portada, y lo antes dicho quiso ser una explicación de su diseño.

Sergio Pérez D'Auria

Portada: Sergio Pérez D'Auria

INTRODUCCIÓN

En el año 1873, llega a Florida el ferrocarril. El mismo nos unía con Montevideo , y a los pocos años ya estabamos conectados con gran parte de nuestro territorio. Esto puso fin al aislamiento y falta de comunicaciones entre la campaña y las ciudades.
El ferrocarril trajo progreso, un fluido intercambio de pasajeros, cargas, encomiendas, haciendas, todo lo que era transportado en los lentos pero seguros trenes remolcados por las negras locomotoras a vapor llegadas de Inglaterra.
En la década del ´30, ya en nuestro siglo, comenzaron las expropiaciones de tierras para el tendido de vías para un nuevo ferrocarril, el que sería estatal.
Saldría de Florida – donde tendría conexión con los ferrocarriles ingleses – y llegaría a la frontera con Brasil.
El primer tramo, unía nuestra ciudad con Sarandí del Yi. En otra etapa se llegó a Blanquillo y a principios de la década del ´50, al Kilómetro 329, orilla sur del Río Negro, no habiéndose culminado la construcción del largo puente sobre este río, el que finalmente sería solo carretero.
El tren, con su magia, hizo que se formaran algunos centros poblados en torno a las estaciones y paradas.
El 1° de enero de 1988, se suspenden las corridas de trenes de pasajeros y se clausura – entre otros - el ramal al Km. 329.
A nosotros nos tocó vivir en ese medio, convivir con esa gente los momentos previos y posteriores a la clausura de los ferrocarriles.
Los pueblos ahora ya no son los mismos. Algunos ya ni existen...
En este pequeño libro quisimos rescatar esa época.
Hacer conocer algo que ya no está.
Las estaciones, los trenes, los vecinos, los ferroviarios...
Entendimos que si lo hacíamos en forma de cuento sería algo más grato.
Todos los relatos se basan en personajes y hechos reales, exagerados en algunos casos en el intento de que fuera más llevadera su lectura.
Incluimos, además, el trabajo del amigo Víctor Aguiar Martínez. Hoy jubilado, añora los días de "ferrocarrilero". Es autor del libro "Nunca es tarde" y otros importantes trabajos literarios, realizando para "Rieles Oxidados" , "Una noche de relevo".

LAS GALLETAS DE RODRIGUEZ

Allí iba, en un rincón del viejo vagón de madera la bolsa de galletas. Crocantes, aromáticas y tentadoras galletas.

El Guarda Frenos (funcionario encargado de custodiar y repartir las encomiendas en las distintas Estaciones) no se contuvo; acercó su valija, tiró hacia arriba del hilo de nilón, introdujo dos dedos y comenzó a manipular con gran habilidad. Sacó una, dos, tres, dio un paso atrás, hizo una rápida estimación y moviendo la cabeza afirmativamente sustrajo una última guardándoselas con sorprendente rapidez. Luego tiró de las dos "orejas" superiores de la bolsa, les dio unas palmaditas para que su contenido se "acomodara" y ¡listo!. Mientras, el tren seguía su cansina marcha con rechinante traquetear.

Al llegar a la Estación al peón que las bajó se le alegró el ojo. Galletas frescas pensó, y le dio hambre.

Al entrarlas al deposito el Jefe le dijo:

No se moleste, no las entre que ya las van a venir a buscar.

No mi Jefe, y perdone que lo contraríe, las voy a entrar, si quedan afuera en fija que los perros se las orinan, ¡pobre don Rodríguez!.

¡Ah!, suerte para el Ferrocarril que todavía quedan funcionarios como Ud. que piensan en todo, tiene mucha razón, pobre don Rodríguez, a ver si se las orinan con lo bueno que es el hombre.

Gracias mi Jefe , no es para tanto... Replicó humilde con una servil sonrisa.

Solo, mano a mano con la bolsa , le fue fácil sustraer cinco doradas galletas "de campaña", que introduzco con presteza en los bolsillos de su descolorido gabán, deslizándose a su humilde casilla a descargar el fruto de su pecado, regresando presuroso para que su superior no notara su ausencia.

Al poco rato el Jefe le preguntó:

Bueno, ¿apagó los faroles?

Si mi Jefe, apagué los faroles y pasé llave al galpón y a las porteras –le contestó mirando hacia abajo mientras con un trozo de estopa intentaba limpiarse las manos...

¡Muy bien!, bueno entonces hasta mañana y que descanse don Matías, no se haga problemas que a don Rodríguez yo mismo le entrego las galletas.

Muchas gracias mi Jefe, hasta mañana, que descanse, me voy a tomar unos amargos.

El Jefe, al quedar solo se acercó a la puerta contigua a la oficina, que comunicaba con su vivienda y gritó:

¡Vieja!, ¡vieja!, ya se fue el viejo inservible, ¡apúrate! sacá del depósito unas cuantas galletas de la bolsa que vino de Capilla del Sauce antes que la retiren.

Su esposa muy alegre obedeció de inmediato. Levantó los extremos del delantal y comenzó a depositar en él abundantes galletas, facilitada su tarea por estar estirado el hilo y la plastillera por los infieles funcionarios públicos que la precedieron.

A media voz musitó: ¡faaaa, se me fue la mano!, bueno ahora ya está! , no las voy a guardar de nuevo, ¡que se embrome "bayano" machete!

Al rato llegó Rodríguez, quien, refiriéndose a la bolsa dijo con acento fronterizo:

¡Paaaaa!, que flaca esta mi bolsita !, por acá anduvo Robaaaaaaiiina...

¡Qué está insinuando!, ¿qué el personal de la Estación le robó galletas?, ¿eso insinúa? ,dijo desafiante el Jefe.

¡Pero señor Jefe, no se ofenda!, ¡por favor! demasiado se yo la clase de gente que hay en la Estación, habrán sido los del tren...

Dejando pasar por alto la ironía, le contestó con mucha soltura:

¡Ah!, ese es otro gallo que canta, tiene razón, es muy posible ya que no es la, primera vez que pasan estas cosas , no hay más que verles la pinta que tienen por esos yo no pongo las mano en el fuego, ¡en fija que me las quemo!.

No se haga problema mi Jefe, dígame cuanto es el flete , así le pago y asunto concluido, al fin y al cabo yo no me llamo unas galletas, ¡que les haga buen provecho al que las comió!.

EL ÓMNIBUS

Llegó desde el viejo continente a sustituir al tranvía.
Paseó orgulloso por las principales avenidas y trepidó por las románticas calles empedradas de nuestra bonita capital.
Transportó bravucones hinchas de fútbol , apacibles ancianos y curiosos niños.
Viajaron al trabajo obreros de una época feliz.
En la esquina de Paraguay y La Paz descendieron de él andariegos pasajeros ferroviarios y lo abandonaron paisanos deslumbrados por una ciudad floreciente.
Estaba integrado al paisaje, con su pescante enrejado y su larga línea roja a sus costados.
Dentro, un retrato de Gardel, un banderín de Nacional y un cartel enlozado de "Prohibido Fumar", el que no siempre era respetado.
Era una época de esplendor, de bonanza, donde nos sentíamos importantes, poderosos...
Soplaban vientos de nacionalizaciones...

Varias décadas han pasado. Otras unidades más modernas lo reemplazaron.
Ocultó su decadencia en nuestra campaña. Emigró a un pequeño pueblito donde hace el recorrido desde el centro a la Estación ferroviaria.
Ya no rueda más sobre el asfalto o adoquines, ahora solo tierra colorada y balasto...
Le falta pintura, tiene vidrios astillados... a otros los sustituyen los nilón...En invierno hacerlo arrancar es casi una hazaña, lo estacionan en declives y calientan el gas oíl con estopas encendidas.
Aun conserva la foto de Gardel, pero ya no lleva damas elegantes ni caballeros de trajes.
Ahora sólo gauchos de botas y bombachas y paisanitas con vestidos austeros.
En el pasillo fardos, casilleros, bolsas de galletas, verduras. En el pescante jaulones, cajones, tarros...
Como todo viejo evoca el ayer y eso lo mantiene vivo.

CARBONILLA

Está desierta la gran Estación construida para las necesidades de una población que nunca existió y tal vez ni existirá nunca...
En lugar de crecer el pueblo se sigue achicando, hay menos gente. El gran galpón repleto en una época de mercaderías, maquinarias, granos, hoy está vacío. Solamente es útil cuando la Escuela realiza kermesses, para recaudar fondos para el comedor...
Al aproximarse la hora de la llegada del tren, el lugar cobra un poco de vida, algunos mirones llegan a curiosear, otros a esperar algún viajero, a recoger encomiendas. Entre ellos se encontraba Carbonilla.
Carbonilla a secas. No sabían su nombre, pero que importaba, con el apodo era más que suficiente. Trabajaba de encargado en los campos de don José. Sus obligaciones eran muchas. Único responsable de las casas, alambrados y todo lo que encerraban los mismos: vacas, caballos, ovejas, perros... Como consecuencia no tenía horarios, días francos ni se podía enfermar. Se alimentaba de charque ya que por un motivo o por otro los comestibles nunca llegaban. Tenía prohibido comprar en el comercio local por ser "muy careros". Como resultado, el pobre morocho padecía mucho a la hora de almorzar, siendo realmente muy flaco.
A pesar de todo sonreía agradecido cuando su patrón decía: "A negrito, vos si que estás acomodado conmigo, ¡no sabes como te envidian en el pueblo!.
Cuando llegó el ansiado tren se acercó presuroso al furgón de las encomiendas, mirando con sus grandes ojos atenta y ansiosamente los bultos que bajaban.
El peón de la Estación, que bajaba encomiendas le dijo: -Y Carbonilla, ¿hoy tampoco te mandó nada ese vasco vividor?, se da la gran vida en la ciudá y te tiene muerto de hambre.
Luego siguió ofendiendo y ridiculizando, hablando a gritos para que todos escucharan.
-¡No sea atrevido y respete, pobre don José, se habrá olvidao!
- ¡Calláte adulón!, ¡se olvidó de mandarte comida! , ¿pero a que no se olvida de mandar matavicheras pa 'las ovejas? , ¡mirá, mirá estos bidones!
Abrumado, sin saber que decir y escondiendo la cara para que no vieran sus lágrimas se alejó presuroso.
Esa noche le costó mucho al negrito dormirse, ¡qué sabía el de la Estación!, ¿qué hacer cuando no se tiene padres?, cuándo se esta totalmente sólo, sin amigos... a dónde ir cuando no se sabe leer ni escribir, cuando no se tiene nada, ¡nada!, todo es del patrón: el caballo, el recado, la cama, los tachos, los perros... todo es de él... pensaba y le corrían lagrimones por sus endrinas mejillas; no se podía dormir.
La ropa también se la daba don José. Cada vez que le traía algún saco viejo o pantalón roto lo sermoneaba; - "¡cuídelo m'hijo, mire que con este me casé, fue el que usé ese día tan importante, prométame que lo va a cuidar, es flor de casimir!" Le dijo el día que le obsequió un raído traje azul del que volaban polillas, y con el que hacía de bufón en el pueblo.
Lloró mucho esa noche, y tratando de acordarse cuando había recibido su última caricia se durmió sin saberlo, encima de sucios cojinillos, teniendo por abrigo aquellos tres perros que eran sus únicos amigos.

Cada vez que se aproxima el día de Reyes me pregunto donde estará, qué será de aquel niño flacuchento de mirada tan triste...

DÍA DE REYES

Era 6 de enero.
Casi todos los niños en la plaza sin monumento del pequeño pueblo, alardeaban y jugaban alegremente con sus relucientes juguetes.
Unos pocos, a distancia, miraban con tristeza.
En la Estación el telegrafista se esforzaba por cerrar el balance mensual. Verificaba una larga columna de números pequeños. Había tildado varias veces los recibos de encomiendas, pero la diferencia no surgía.
Cuando ya estaba llegando a los últimos sumandos un niño apunado y haraposo lo interrumpió. Parado en el umbral de la puerta de la oficina, preguntó con voz chillona: - ¿No me pesa?.
-¡Me hiciste perder! le contestó brusco y poco amistoso; pero al reparar en su aspecto cambió el tono y la expresión. Se levantó y con una forzada sonrisa prosiguió; - vení vamos a la balanza.
El pequeño, sintiéndose importante lo acompañó y con cara de satisfacción posó sus descalzos pies en la vieja balanza de madera.
-¡Veintisiete kilos clavados!, bueno, ya te pesaste, ahora vení, vamos a comer algo, así descanso la vista y después sigo con el balance.
- ¿A seguir con qué?
- No importa, ¿cómo te llamás?
Juan, vivo con mi abuela en el rancho del camino al cementerio.
¿Y tu mamá?
Mama dice que mamá es mala, está en Montevideo y no me viene a ver. Cuando nací , me dejó con mama y no me vio más. Replicó barbotando con voz entrecortada.
Luego de una pausa, bastante incómodo dijo el hombre; - a lo mejor no es tan mala como dice tu abuela, tal vez sienta vergüenza por lo que te hizo y por miedo a que la reproches no se anima a venir. Habló sin convencimiento, intentando dar algún consuelo, arrepentido de haber formulado aquella última pregunta.
Siguieron comiendo en silencio galletas con dulce y queso. El niño cavilaba pero no dejaba de masticar con avidez. De pronto inquirió:
-¿Cuándo vos eras chico, los Reyes te dejaban regalos?
-Y, sí, algo me dejaban, pero algunos años se olvidaban. Le respondió, adivinando su estado de ánimo, su amargura y desazón.
Tenía el pantalón muy corto y sucio; ningún botón en su descolorida camisa de codos gastados. El corte de pelo, sin dudas, se lo realizó su abuela, ya que claramente se apreciaban los tijeretazos. Estaba muy callado, hasta que de pronto sin pensarlo extrajo de uno de sus bolsillos algunos objetos exponiendo su inocente utopía, su fantasía, fruto de sueños y anhelos frustrados, de cartas infantiles y ruegos sin respuestas...
-¡Mirá, esta es una pelota de fútbol Nº 5 que me dejaron los Reyes. Y enseñó una cascada bolita verde.
-Y estas son las ruedas de la bicicleta con cambios que también me trajeron. Dejando ver ahora dos gastadas arandelas.
Luego quedó azorado, turbado, sintió vergüenza, bajó la cabeza y nuevamente aparecieron lágrimas en sus tristes ojos oscuros.
El ferroviario enmudeció emocionado y con rabia.
Se preguntaba qué podía hacer para aliviar las penas., cómo cambiarle el destino a ese desventurado niño que tan temprano había conocido la peor cara de la vida.

EL FLETERO

No era mala persona. Su debilidad, beber de vez en cuando vino en demasía.
Tenía cuatro hijos, y su concubina un quinto en sus entrañas.
Con ellos compartía penurias y privaciones en un rancho que se llovía.
El poco dinero obtenido era el fruto de changas efectuadas en un medio muy pobre.
A pesar de que el candente sol estival era un tormento, estaba contento: tenía trabajo.
Transportaba de un vagón de barandas bajas mercaderías para el comercio más grande del pueblo.
Miró el sol, estaba bien sobre su cabeza, calculó: serían como las doce.
El enclenque carro ya estaba pasado de peso, pero igual cargó unas últimas cajas con etiquetas de "frágil", ya que don Alvaro, el avaro dueño de las mercaderías le había manifestado: "Ud. disculpe, no hay adelantos! le pago cuando me traiga toda la mercadería.
Su compañera, por su parte, antes de partir esa mañana le rogó: "ni yerba nos queda, aunque sea medio temprano tráeme algo p´a los gurises, ¡están locos de hambre!"
Por eso no hizo otro viaje. Por no retrasarse más cargó el rodado por encima de lo prudente, de lo aconsejable...
En lo alto se acomodó "¡Vaaamos, moveeete, moveeete che! , moveeete o te curto a palos!", le gritó ásperamente a la escuálida bestia y la "estimuló" repetidas veces con una vara de fresno en las partes más sensibles.
Como tantas veces sus músculos se tensaron corriéndole gruesas gotas de sudor por su flagelado cuerpo, y sacando fuerzas quien sabe de donde comenzó lentamente su lastimosamente marcha.
A la salida del predio de A.F.E., en las porteras de dos hojas, un pozo para cruzarlo exigía tomar impulso. Al aproximarse el indigente arreció con la vara y redobló sus gritos , intentando ganar velocidad. Finalmente lo consiguió con gran esfuerzo del animal, exhausto con tamaña carga.
¡Vaaamos desgraciado, vaaamos inútil!
Gritaba y golpeaba salvajemente pensando que lo esperaban. Los gurises correrían a abrazarlo cuando le vieran llegar cargado de comestibles: compraría yerba, pan, mortadela, vino, ¡vino!, pensó en el vino y le dio mucha sed.
¡Dale!, ¡dale haragán!
Silbaba el fresno al cortar el aire presagiando dolores mayores a la pobre bestia, aprisionada entre las paralelas varas del carro.
Trabajosamente logró tomar velocidad, la suficiente como para poder cruzar el pequeño pozo.
Pero ocurrió lo peor... reatada con alambres la vieja y reseca rueda izquierda no aguantó. Se zafó su carcomida llanta y se desarmó con fuerte chasquido.
El carro se ladeo. Cayó toda su carga y con ella el carrero y todas sus ilusiones.
Negros pensamientos cruzaron por su mente mientras hacía piruetas y cabriolas en el aire.
Se acordó de su mujer, sus hijos, de los que le diría don Alvaro cuando se enterara que se había roto casi toda su mercadería y sintió la garganta más seca que nunca.

LOS ESTRIBOS DE PLATA

Porque alguna vez necesitaron una mano de algún vecino, un trozo de carne, algunas verduras en su peregrinar por las estaciones, los ferroviarios eran gente hospitalaria. Prontos para una broma muchas veces pesada, para el juego de azar o los brebajes, pero demostrando solidaridad para quien necesitara de ellos.

Por eso aquella Estación estaba colmada. Gente que venía de lejos a tomar el tren dejaba sus cabalgaduras hasta su regreso, pernoctaban en los depósitos o en la Sala de Espera, hacían fuego para calentar agua y matear hasta muy tarde o asar alguna paleta en las parrillas.

Aquella noche en torno a un gran fogón de astillas de madera de durmientes viejos, al reparo del gran galpón de zinc, había muchos lugareños esperando la llegada del tren para emprender su viaje.

Uno de los temas favoritos para el hombre de campo son las luces malas y sobre eso departían.

-No, no son luces malas, en realidad son los huesos de algún animal muerto, que por yo que sé qué motivo, de noche brillan como luces, me lo dijo un "dotor" que curó el toro del patrón, que no hay que tenerles miedo. Explicó un morocho con aire de superioridad, mientras se limpiaba la dentadura con una rama afilada.

Ah sí, ¡no me diga!, ¿y usté me va hacer creer que mi tordillito se asusta de güesos de otro caballo muerto?, ¡no sea inorante, usté y el dotorcito ese?. Hágame el favor, nunca más repita eso si no quiere que se le reian en la cara.

Y así, entre nerviosas risas, hablaban de fantasmas, lobizones y luces malas, hasta que alguien mencionó los estribos de plata. A partir de allí, nadie más rió.

Los estribos de plata eran motivo de mucho respeto y misterio.

-¿Qué es eso de los estribos de plata?. Inquirió un forastero ceñudo, adivinando alguna tragedia.

Un viejo ferroviario de los tiempos del tendido de la vía férrea, de mucha labia y a quien todos respetaban, luego de acomodarse la garganta un par de veces y volver a humedecer el papel del cigarro, comenzó con voz solemne:

" Bueno la cosa no es para risa... hizo una pausa al tiempo que jugueteaba con una rama de eucaliptos, haciendo indescifrables inscripciones en el suelo.

Todo empezó cuando llegamos a estos parajes colocando los rieles para el tren. Los estribos estaban colgados en un ombú machazo, en las taperas donde nos dijeron había vivido una vieja media loca, de nombre Elvira. Eran de esas que hacen daños, con yuyos, tierra de cementerio y esas cosas... Nos dijeron los de esta zona que esos estribos estaban embrujados, habían sido de su difunto esposo... La vieja los embrujó... Todos los que los tocaron terminaron medios locos y otros muertos misteriosamente, como secos en vida. El que los tocaba era perseguido por la mala suerte y la desgracia..."

Vecinos de las cercanías de la tapera , comenzaron circunspectos a contar los infortunios de quienes osaron apoderarse de aquellos hermosos objetos de plata, labrados magistralmente por un anónimo orfebre.

Como la manzana de la Biblia, eran tentadores...

Un señor calvo, que se cubría del sereno con un gorro de lana a rayas, de tez curtida por las heladas y el sol dijo con voz trémula:

"Al Pancracio se le murió la madre – que vendía salú - el día que medio mamao pa´ serse ver se rió de la maldición de doña Elvira, y se puso en el recao los estribos embruja´o!".

Luego de un pesado silencio habló otro señor , que por su atuendo se veía iba de viaje.

"Capaz que alguno no me crea lo que les voy a contar, - miró al telegrafista - pero que a ninguno se le ocurra tocarlos; son del fina´o esposo de doña Elvira y se acabó. Un día pasé por el ombú, me persiné como siempre pa´librarme de algún mal, saben, y cuando me acerqué, ví que no estaban. Parece que hacía unos días un pescador se los había llevado. Dijeron que se fue en el tren... Me arrimé por que algo malo presentía, había algo raro no se, sería como estaba el ombú... había una lechuza... Bueno, como a la semana de que se llevó los estribos yo estaba de alcahuete en la Estación, ayudando al peón a bajar unos cajones del tren cuando derrepente quedamos envara´o, tiesos, sentimos frío, mucho frío... parecía que habían abierto una tumba... Nos dimos vuelta con el peón y lo vimos... pobrecito, parecía un fantasma... Caminaba a duras penas, encorva´o, la cara amarillenta, las vistas perdidas. De corbata negra... parecía un muerto, arrastraba los piese. Iba como p´alas taperas de Elvira y apretaba en las manos los estribos de plata...

El telegrafista, que al principio sonreía socarrón, ahora adusto meditaba en medio de aquel incomodo silencio.

Cuando hablaban de los estribos, el aire se cargaba de presagios angustiantes... Era una impresión irracional, desagradable... Sin saber por qué, miró de reojo más allá del círculo de la luz del fuego. No creía en esas cosas, pero un chucho gélido – vaya a saber por qué – recorrió su cuerpo.

ATARDECER

Hacía calor, todo estaba calmo, apacible. Un par de casas y campo, solo campo.
Verde uniforme roto por largas listas más oscuras creadas por empequeñecidos montes en la lejanía. Al fondo, recortado sobre el horizonte humo que no quiere irse, le cuesta elevarse. Nace al quemar pajonales en los grandes bañados.
Parecía que había silencio pero no, sólo hacía falta agudizar los sentidos.
Se podía escuchar la vaca rumiar. Al perro que acosado por las pulgas se rascaba con vehemencia. Los moscones al volar emitían su zumbido. El canto de algún pájaro encaramado en los hilos del telégrafo, el chillido de pichones de cotorras en el árbol muy erguido o el grito de teros que no se ven...
El leve viento producía también su ruido, silbando apagado al atravesar el tupido follaje del gran eucaliptos, o al golpear la chapa de zinc media desclavada con su tirante de madera. Un leve rumor llegaba de lejos, ¿sería el río o el viento en los montes?
El ruido estaba; había que saberlo escuchar.
El color del cielo era indescriptible. ¿En qué lugar de la paleta carga el pincel para lograr esos tonos, esos contrastes?, ¿qué mano pródiga podía detenerlo en el tiempo, plasmarlo en la tela?
El sol ya muy bajo daba luces y brillos increíbles, lo que hacía aún más irreal aquel cielo asombroso, tal vez el reflejo en el espejo del lago conseguía esos matices.
Se sentía pequeño, insignificante al presenciar aquel grandioso, espectáculo de la naturaleza.
En un abrir y cerrar de ojos las nubes en degradé se unían y separaban, aparecían y se escondían. Tenían vida, se formaban figuras. Curvos contornos, solamente rectos, muy rectos los rayos del sol que se filtraban, escurrían por donde podían.
Los brillos, las sombras, los colores se alternaban en un continuo movimiento.
De pronto un "Bandeirante Toyota" de la empresa constructora del puente sobre el Río Negro se aproximó velozmente , dejando a su paso mucho polvo y humo. Su motor repicaba estridente. Manejado con pericia, fue estacionado junto a la rampa y de él descendió presuroso un señor simpático, grueso y barbado, que llevaba encima un casco amarillo.
¡Hola Jefe!, ¿cómo está la línea para hablar por teléfono a Montevideo, habrá demora?.
Aquel sobrecogedor embrujo se había roto.

DESANDANDO CAMINOS

Allí estaba, en un desvío. Silenciosa, recortando su familiar silueta en el cielo claro, tal vez satisfecha por haber contribuido a la mejor historia de nuestra campaña.
Erguida, encima de un vagón de dos ejes, a la espera del próximo tren que la llevaría al Puerto de Montevideo.
Desandando caminos, buscando el Norte...
Se llevaría muchas fatigas y adaptaciones algo burdas pero ingeniosas, testimonio de la pericia de algún herrero o mecánico aficionado, que con empeño aún la hacían funcionar, levantar polvareda.
Hacía algunos días un señor recorrió la zona en busca de "cachilas" y "Fordchelas", autos viejos de la década del ´20 ahora de moda allá en el Norte.
De Soto, Nash, Chevrolet, Studebaker, Ford, Overland, Buick, Dodge, etc. eran su objetivo.
Buscando el Norte, de donde vino... campeando encima del primer vagón del parsimonioso tren, la vaiturette Ford A del ´29, extenuada de tanto rodar por desoladas carreteras, sendas pedregosas, barriales y charcos, comenzaba a desandar la ruta recorrida hace muchos años.
Pronto sería restaurada, y como antes, luciría reluciente para orgullo de algún gringo amante de los "fierros viejos".

EL VAGÓN

Llegó acompañado de su hijo, un botija chúcaro que se encubría tras él.
-Buen día Jefe, ¡calor eh!, ¿Ud. es nuevo acá no?, bueno el caso mi Jefe es que tengo un problemazo. Risulta Sr. Jefe que preciso urgente un vagoncito pa´embarcar ovejas, si Ud. me hiciera esa gauchada, ¡no sabe el servicio que me haría!. A lo mejor doy con alguien pierna y humanitario porque el otro Jefe que había.... Terminó astutamente el recién llegado que vestía campera de jean, bombachas muy anchas de color blanco y botas de goma.
El encargado lo miró y se preguntó: ¿cómo hago para comerle un borreguito?, voy a tener que hilar muy fino, este de bobo no tiene nada.
Bueno gaucho, no es por ensuciar a los compañeros pero ya que Ud. lo menciona, tiene muchísima razón, algunos no tienen sentimientos... Ya mismo voy a intentar conseguirle un ovejero, aunque le adelanto que están escasísimos... pero de cualquier manera yo tengo mis influencias ... dijo el ferroviario socarrón y mentiroso, al tiempo que guiñaba un ojo.
Se colocó los auriculares del teléfono bajo la atenta mirada de los visitantes.
"¡Hola, hola Control!, tengo un aviso urgente . Necesito un vagón doble piso urgente."
- No hay problemas - contestó el controlero - , mañana lo recibe de Colonia Sánchez en el tren de la mañana.
De acuerdo, contestó el encargado, y sin que lo notara el gaucho, dejo de presionar el pedal del teléfono para que su voz no siguiera siendo escuchada y siguió el supuesto diálogo: "Bueno bueno, haga todo lo que pueda , me quedo esperando la contestación.
-Mire compañero no es por desanimarlo, ya veo que este hombre está poniendo obstáculos. Que están escasos, que hay pedidos anteriores mmmh!, ¡mala tos le siento al gato!, la veo muy fea para Ud. Vamos a ver me dijo que esperara un poco.
-Por favor Jefe ¡haga todo lo posible! contestó lastimosamente.
A todo esto el niño ya había perdido el miedo y se paseaba por la oficina curioseando el aparato de telégrafo y la pesada caja fuerte.
Como a los cinco minutos continuó parodiando el Encargado, haciendo como que hablaba con el controlero: ¡como dice! , ¿qué no hay vagón para este trabajador?, déme inmediatamente con Control Central que tengo suma urgencia de hablar con el Sr. Gerente General del Organismo! bramó el estacionero.
Tapó el micrófono con la mano y continuó parodiando a media voz: ¡vamos a ver si hay o no vagones!.
-Sr. Gerente ¿como está?, bien, que suerte y su familia Sr. Gerente, ¡también bien que alegría!. Más vale así Sr. Gerente . Perdóneme que lo interrumpa en sus ocupaciones, pero es que un viejo amigo, compañeros de años vio, tiene un problema muy serio, necesita urgente un vagón doble piso para embarcar unas ovejitas –pobre hombre- y Control se niega a concedérmelo, si Ud. pudiera hacer algo... Ud. que es tan humanitario. Pero como no espero Sr Gerente.
-¿Y qué le parece?, si no conseguimos vagón ahora...
-¡Toy asombra´o!, lo que está haciendo por mi que ricién me conoce... Ud. si que es un Jefazo! con el Gerente General - no tenía ni idea quien era ni lo que hacía, pero se daba cuenta que debía ser muy importante- Ud. si que es un Sr. Jefe!.
¿Está arreglado, hay vagón para mi amigo?, ¡muy bien, perdóneme la molestia, ya se lo voy a retribuir... bueno que pase muy bien y muchos saludos a su Sra. esposa.
-Bueno gaucho, está todo arreglado, mañana de mañana recibe su vagoncito.
-Sinceramente me ha dejado sin palabras... ¡qué relaciones que tiene mi Jefe!, me parece mentira, ya tengo vagón. Lo menos, lo menos que puedo hacer es traerle una damajuanita de tinto y el mejor borreguito que tenga mi Jefe.
-Bueno, como quiera amigazo, no lo voy a despreciar. Lo último que quisiera, lo último, es que esta amistad tan linda que hoy iniciamos se rompieran por un desgraciado borrego y un poco de vino. Pero sepa mi amigo, tenga la plena seguridad que lo hice sin ningún interés.

LOS RETRETES

La barométrica municipal estaba rota. La particular que venía de un pueblo distante, cobraba demasiado. Solo unos pocos la podían contratar por lo que en aquel pintoresco paraje la mayoría de los pozos negros estaban desbordados.
Los ingleses, cuando construyeron la vieja Estación, utilizaron un muy eficiente sistema de drenaje, que permitía usar los baños de la misma sin problemas de saneamiento.
El peón era muy celoso de sus tareas, un modelo de prolijidad e higiene, por eso, en aquellos días se encontraba molesto, contrariado.
Al principio le complacía que comentaran "da gusto utilizar los baños de la Estación, ¡que pulcritud!", pero paulatinamente, a medida que los usuarios se incrementaban, aquel fanático de la limpieza se iba disgustando.
De mañana temprano ya había colas. Niños, mujeres y hombres se disputaban sin mucha urbanidad las tazas turcas de los retretes, sin tener en cuenta muchas veces los verdes carteles de "DAMAS" o "CABALLEROS".
Algunos con rollos de papel higiénicos en sus manos, otros sobando papel estraza para suavizarlo y otros sin nada... principales sospechosos de limpiarse las manos en la pared y dejar aquellas desagradables marcas...
Solamente utilizando toda su energía, la escoba y el gran balde de zinc, podía abrirse paso para entrar a limpiar. Siempre había gente esperando para hacer sus evacuaciones, quienes aduciendo no poder aguantar postergaban la higienización.
¡Había que oírlo!
-¡Miren, son unos chanchos!, me hacen afuera de las tazas, ¡miren, miren la pared asquerosos!. Esto se tiene que terminar, los baños son para los que viajan en tren; ¡Uds. no viajan nunca y yo tengo que limpiarles los desperdicios!
Fregaba con energía una de las paredes, cuando de pronto entró a la carrera un niño rubio al grito de ¡me hago!. Se bajó velozmente el short y evacuó sonoramente en un rincón.
-¡Sinvergüenza, inmundo, acabo de baldear el piso! bramó el obrero del riel, descargándole un certero escobazo en la cabeza al desprotegido niño que lo obligó a salir presuroso, sin haber terminado su tarea ni haberse limpiado.
Los presentes poniéndose de parte del más débil le recriminaron con empujones e injurias, a las que puso punto final con la amenaza de trancar los baños con candado.
Esa noche, mientras recalentaba el sobrante del medio día para cenar, pensaba en la crueldad que había cometido. No se podía consolar, tenían razón los vecinos cuando le gritaban "desalma´o". Y justo al rubiecito de los González, a quien él tanto quería. ¡Si lo tendría perturbado el problema de los retretes!.
Al otro día apareció un camión azul con un gran tanque. ¡Era la barométrica municipal!
¡Por fin! exclamó el viejo servidor público, ¡ahora me dejarán en paz!

"LA VIZCACHA"

Era sesentón, vestía pantalón y saco de brin azul. Ostentaba en el bolsillo superior la sigla A.F.E. , bordada por su compañera con hilo rojo, con mucho cariño pero con poca destreza... Padecía alopecía, por lo que su cabello no crecía más en la parte superior de su cabeza, llegando su profunda entrada casi hasta el remolino. La ocultaba cruzando los cabellos de un costado a otro. Se dejaba crecer los pelos superiores a la oreja izquierda, engominándolos abundantemente. Luego con el lado fino del peine los extendía encima del desnudo casco hasta llegar al sector derecho. Como diría un marinero: de babor a estribor.

No quedaba muy elegante, pero esta treta lo hacía sentir más joven, y evitaba que los arteros hijos del Capataz de la Cuadrilla lo atormentaran a la hora del tren – que era la hora que más gente escuchaba- "¡viejo pelado, cabeza de huevo!". Se comentaba que eran azuzados por su padre con quien se encontraba enemistado, a raíz de diferencias surgidas en la última huelga ferroviaria.

Las tareas del peón no eran muchas, le sobraba tiempo para interiorizarse e interiorizar de todos los acontecimientos de la Villa, lo que en algunas oportunidades le produjo algún enojoso enfrentamiento, con aclaraciones y desmentidos: "no Sr. yo no dije eso, me habrán entendido mal!", o "¡haber que me desmienta en la cara si es hombre!", etc.

Le decían "la vizcacha", y su apodo provenía de su afición o manía de recolectar tornillos, arandelas, alambres y todo objeto que a su entender justificara ser recogido. Cuando distinguía algo raro o brillante se detenía y con la punta de la alpargata lo movía para un lado y para el otro. Si el primer examen era satisfactorio, de inmediato se inclinaba , (sin bajar mucho la cabeza para evitar que "la cobertura" se desacomodara), lo tomaba entre el índice y el pulgar –ambos de uñas desprolijas- haciéndolo girar aparatosamente en lo alto, determinando con esta segunda inspección ocular, si finalmente merecía o no depositarse en sus bolsillos, (muy abultados al poniente).

Permanentemente caminaba, deambulaba de ejido a ejido, a la caza de algo valioso, o simplemente para "comadrear".

Llegaba a la Estación, preguntaba si había alguna novedad y retornaba a sus rondas. Solamente estaba a la hora del tren. El Jefe, por no escuchar sus intrascendentes "peroratas" no hacía nada por retenerlo.

El dinamismo y la energía que exhibía en sus recorridas no se manifestaban a la hora de trabajar, tal vez el mismo ocio, la vida sedentaria, lo habían transformado en haragán, perezoso. Por lo expuesto, cuando llegaban los numerosos Contra-reembolsos de "London París" su afable carácter se convertía en agrio y hostil.

Londón París era una casa comercial muy grande e importante instalada en Montevideo. Vendía los más variados artículos: ropas, calzados, herramientas, art. de pesca, camping, etc.. Todos estos aparecían en grandes catálogos ilustrados, los que se distribuían dos veces al año; primavera – verano y otoño – invierno.

Desde cualquier punto del país se podían encargar los objetos deseados, abonándolos al ser retirados en las distintas estaciones de ferrocarril.

Cuando aparecía un nuevo ejemplar, se reunían las vecinas para comentar y abrir juicio sobre que convenía adquirir, saliendo de esas tertulias abundantes compras, las que se convertían en cientos de contra – reembolsos.

Iba canturreando, haciendo como que se limpiaba las manos con un trozo de estopa, oteando, escudriñando el suelo alegremente hasta que al acercarse dos señoras, agudizó los sentidos para escuchar de que hablaban. Se le fue la alegría.

"Viste, salió el nuevo catálogo de London París.

EL ESTRELLERO

Era grande, erguido, caminaba dando grandes zancadas y para saludar se quitaba el sombrero negro con gran celeridad, estiraba bien hacia delante su brazo derecho y atropellaba al grito de "colevá" a dar la mano, apretando fuerte, haciendo estremecer a quien se atreviera estrecharle su callosa extremidad. Su rasgo más saliente era que siempre tenía la cabeza bien recostada hacia atrás, como si estuviera mirando el cielo, las estrellas, lo que motivó el apodo de "el Estrellero".

Vivía sólo, tenía un campito cerca de la Estación y era extremadamente avaro. Su única salida era ir religiosamente el primer sábado de cada mes al pueblo de La Paloma "a satisfacer las necesidades que como hombre tenía", (si lo hacía como saludaba, ¡pobres mujeres!)

Desde hacía años en la Estación se acostumbraba a que cuando había para él algún recado, carta o encomienda, bajar dos veces la "señal", así, venía a recogerlo.

La "señal" indica al conductor del tren si puede continuar o no, y es en realidad un alto poste pintado de blanco, bien visible del que asoma un brazo accionado desde la Estación mediante una rueda similar al timón de un barco.

Aquel día, tanto el peón como el telegrafista tenían ganas de comer naranjas y se acordaron que el Estrellero tenía un monte de frutos muy maduros. Sintieron pereza de ir a buscar, ya que el monte quedaba algo lejos y hacía mucho calor.

Esa tarde, como caído del cielo llegó el mencionado vecino a despachar una bolsa con un cordero para su hermana, - también soltera y avara – que vivía en Sarandí del Yi. Muy solícito el peón lo atendió y al pesar la bolsa, haciendo una guiñada de complicidad le expresó a media voz; - pesa doce kilos, pero para que pague menos le ponemos diez.

Luego lo siguió adulando con elogios para su caballo y cinto con hebilla de plata y oro que eran su orgullo, con lo que creyó estaba "a punto" para el "pechazo".

Fue entonces cuando manifestó:

-Compañero, Ud. que es un gauchazo y flor de vecino, ¿no se animaría a ir en su tordillo a traernos unas naranjas de su quinta que estamos muertos de sed?.

El Estrellero, que ante tanta adulonería ya estaba preparado dio un paso atrás, levantó aún más la cabeza y habló lleno de indignación:

-¡Yo no le pido ni le doy nada a nadie!, mientras me deslomo trabajando al rayo del sol ustedes están echados robándole la plata al Estado!; ¿quieren naranjas?, ¡planten!; ¿quieren corderos?, ¡críen!, gritó colérico, dio media vuelta y se marchó sin despedirse.

Peón y telegrafista muy molestos comentaron largas horas la acción mezquina del Estrellero y como preámbulo de maldades mayores el peón le pateó la bolsa con el cordero, pensando tal vez que de algún modo era como patearlo a él.

Después que pasó el tren de la tarde le bajaron dos veces la señal, el Estrellero que estaba atento suspendió inmediatamente la deschalada "de los maíses", ensilló el tordillo y se lanzó al galope rumbo a la Estación, flameándole la golilla que una vez fue blanca. Grande fue su sorpresa cuando al llegar estaba todo cerrado como si no hubiera nadie. Esperó largo rato. Golpeó las manos varias veces pero no obtuvo respuesta. Moviendo la cabeza y rezongando trepó al caballo y se marchó a su casa.

Al otro día nada, pero al segundo otra vez la señal "llamándolo". Dudó un segundo, pensó que tal vez le habían mandado la plata de los "guebos". Trepó al tordillo y minutos después iba al galope largo rumbo a la Estación.

Como hacía dos días, parecía una tapera, ¡nadie!, estaba desierto y todo cerrado. Su primer impulso fue patear las puertas, entrar a la fuerza y darles con el talero un buen escarmiento. Reflexionó lo que él dependía de aquella gente, de lo muchos que los necesitaba, por eso se fue rojo de ira, maldiciendo a media voz.

Cuando vieron que iba lejos, muertos de risa salieron de su escondite. ¡Qué bronca tiene!, ojalá ahora aprenda a ser buen vecino viejo machete!.

Por su parte el Estrellero esa noche no podía conciliar el sueño, hasta que ya de madrugada tomó esta sabia determinación: "mañana le voy a llevar una bolsa de naranjas a los muchachos, si no me van a volver loco!

EL CARNICERO

Atrás de la Estación; allí estaba la popular carnicería de Pocholo.
Si la inspeccionaran los funcionarios de CADA...
Techo de paja, y hormigón desparejo el piso; las paredes de barro alisadas a mano.
Una compacta y zumbante nube de moscas revoloteaban a media altura . Otras dispersas en tripas, sangre y otros restos diseminados en el patio lindante; el matadero.
¡Tres de pulpa! Y caía el hacha encima de un trozo de capón mal desangrado, apoyado en un tronco.
Con el golpe, varias decenas de moscas se unían a las que volaban. Pasado el susto bajaban a la carniza.
De todas partes llegaban pedidos. Cajones rotulados conteniendo esquelas, con el dinero del encargue anterior.
Luego eran devueltos repletos de carne para ser despachados por el primer tren.
Algunas veces Pocholo recibía los pedidos con las disculpas de no poder pagar momentáneamente, con la promesa de hacerlo no bien tuvieran dinero.
El comprensivo carnicero accedía, pero si la promesa no era cumplida comenzaba un hostigamiento tenaz.
No era fácil; los embrollones tenían muchas mañas.
Los ferroviarios –principales clientes- cobraban su mensualidad en el tren "pagador"; era un convoy especial en el que venía un pequeño vagón con el pagador y el dinero para los sueldos de los ferroviarios. Muchas veces Pocholo, con el consentimiento de Guardas y Pagadores, viajaba en el tren, de modo que los morosos no se evadieran
Algunos, alertados de que viajaba el carnicero aplazaban su cobro, o les cobraban terceros , aduciendo en casi todos los casos, no poder ir por la enfermedad de algún familiar.
Uno de los más escurridizos era Olivera. Con todos aquellos que tenían amistad o conocían a Olivera, Pocholo les enviaba el mensaje de que pasara urgente a pagar, a "saldar la faturita".
Cierto día un emisario llegó con la contestación , la misma llegó textual: -"decile a ese sinvergüenza, que ya le pagué la carne, que no se la pienso pagar otra vez; ¡por linda que era!, llena de querezas, una porquería, ¡cómo si uno fuera un chancho!."
Pocholo quedó con "la sangre en el ojo"- ¡atorrante!, ¡después que le maté el hambre ¡, que lindo ¡ahora me desprestigia el negocio, ¡mal agradecido!
A partir de ese momento Olivera fue el más perseguido.
Cerca de tres meses después se entera que Olivera se encontraba haciendo un relevo en la Estación vecina.
-¡Ahora si que ese no se me escapa, el sábado cuando pase en el tren –de vuelta para la casa – ahí lo voy a encarar. Vamos a aclarar, ¡qué ya me pagó, embrollón!.
El sábado, con buena anticipación Pocholo ya estaba en la Estación esperando a Olivera.
Cuando finalmente llega el convoy, lo recorre a grandes zancadas. Nada, ve a un conocido y le pregunta por él.
Bromista y al tanto de los acontecimientos, sabiendo que Olivera venía escondido en el vagón de las encomiendas, se quiso divertir. Recién había visto entrar al baño del salón del ferrocarril, a la Sra. de un conocido hacendado de la zona , a quien no le tenía ninguna simpatía.
-Por favor don Pocholo, no me vaya a delatar. Ud. sabe que trabajamos juntos, no soy soplón, pero con lo bueno que es Ud. no me gusta que "lo claven", y bajando la voz continuó: "al ver que Ud. venía a cobrarle se escondió en ese baño", señalando el utilizado por la dama.
-¡Gracias hermano, ahora va a ver ese embrollón!.
Toda la rabia acumulada asomó en ese instante.
Como una tromba se lanzó al grito de ¡abrí bandido! acompañado de fuertes puñetazos que retumbaban como truenos en el pequeño habitáculo ocupado por la atónita hacendada.
-¡Está ocupado, hay una dama!
-¡Yo te voy a dar dama!, ¡no finjas la voz!, se que estás escondido, ¡abrí o echo la puerta abajo!, ¡da la cara si sos hombre!
-¡Mi marido lo va a saber, retírese sinvergüenza!
Ante los embates del enceguecido Pocholo cedió la aldaba. Se abrió la puerta con gran estrépito, quedando a la vista su ocupante, sentada en el water...
-¡Guardaaaaaa!, ¡Guardaaaaaa!, ¡saqué a este loco de acá!
-Perdone Sra... pensé que era Olivera. Dijo azorado el atribulado comerciante.
Cuando se dio vuelta para increpar al informante, este ya no estaba. En el furgón, junto a Olivera, reía a carcajadas mientras le contaba lo sucedido.
Dos campanadas, el silbato del guarda, el de la locomotora y parsimoniosamente se puso en movimiento el tren.
En el anden, el carnicero, se rascaba la cabeza muy afligido pensando en que disculpa darle al esposo de la dama.

CLARITA

Clarita no viaja más en tren, ahora lo hace en automóvil.
Era hermosa, esbelta; vestía ropa muy fina que no sabía lucir y era lógico conociendo sus orígenes...
Casada hacía tres años con el hombre más rico de la zona. Madre de una pequeña muy simpática que ya comenzaba a caminar.
Buena comida, sirvientes, tenía todo para ser feliz. Se decía que era feliz, pero había algo en el fondo de sus ojos...
Tiempo atrás don Pablo –aún de luto por su reciente viudez- sorprendió a su familia. Llegó una tarde en su Jeep y habló largas horas en su mísero rancho.
Clarita vivía con sus padres y cuatro hermanos. El mayor consiguió trabajo en una estancia al norte del Río Negro. Lo seguía ella quien cuidaba de los dos más chicos, ya que el otro de catorce trabajaba en una cabaña cercana. "Trabaja como grande y le pagan como chico", decía con amargura su padre cuando por las noches el joven llegaba exhausto de la cabaña.
Su madre padecía reuma pero igual trabajaba a la par de su marido haciendo carbón. Don Pablo les permitía cortar leña de sus costas para producir carbón con el que apenas subsistían en la mayor indigencia.
Era muy duro para una jovencita llevar aquella vida. Se vestía con ropas viejas que vendían muy barata en la Escuela.
Para conseguir fiado la mandaba a ella quien debía soportar groserías y hasta algún manoseo del comerciante ...
Era novia de un joven también muy pobre. Estaban muy entusiasmados. Para fin de año, él se anotaría en "la comparsa de esquiladores" para ahorrar algunos pesos, y poder así alargar el rancho de sus padres, para llevarse luego a Clarita.
La conversación se dilataba.
Hacía mucho que caminaban haciendo tiempo en torno al rancho, esperando que se retirara don Pablo, para poder entrar a calentarse en la cocina de hierro.
Soñaban mirando el Jeep; ¡qué lindo sería poderlo manejar!.
Luego ya en el rancho, los hermanos notaron algo raro. Sus padres muy serios hablaban en secreto. A intervalos se reían y miraban a Clarita.
Al principio dijo ¡NO!.
Su madre habló, habló mucho; explicó que no sólo por amor las mujeres se casaban, le habló de sus hermanos, de sus vidas miserables...
El padre apeló al reuma de su madre.
Todo cambiaría si se casaba con don Pablo. Era bueno, sesentón sí, pero con más de tres mil cuadras de campo... ¿y su novio qué tenía?.
Su madre retomó la palabra; nombró lujos y vestidos, niños con juguetes como ellos nunca conocieron, baños con canillas... Y , ¿si don Pablo se ofendía desairado?, ¿dónde sacarían leña para el carbón?
Diciendo sí, todos serían respetados, ahora todos los miraban con desprecio.
Quería mucho a su familia, la vida que llevaban era realmente muy penosa. Se acordó del Jeep, siempre soñó con conocer Montevideo, comprarse vestidos nuevos. Tendría baño con canillas! ... y su novio ¿qué tenía?.
Con una amplia sonrisa de improviso dijo ¡SÍ!.

Era la esposa de don Pablo. Tenía muchas cosas para enorgullecerse, estar satisfecha. Gracias a ella su familia no sufría más estrecheces. Su madre ahora tenía remedio para el reuma y todo lo que había soñado, pero llegó a no desear la noche y la cama...
Desnuda miró hacia abajo. Su cuerpo lleno de vida, su piel suave contrastaba con la rugosa mano que con torpeza se deslizaba...
Callada, rígida, se sometía, deseando que terminara muy pronto....
Nunca pudo olvidar al joven que iba a alargar el rancho.
Clarita no viaja más en tren, pero hay algo en el fondo de sus ojos...

CONFRONTANDO CON CARDOZO
(cuento clásico de ferroviarios)

Como todas las tardes a eso de las cinco llegó el tren, y como siempre quedaron diseminados por el andén muchas encomiendas y cargas.
Por el ruido, se sabía que el tren ya lejos, atravesaba el pequeño puente de acero.
El Jefe, utilizando el invento de Morse avisó que el tren ya había partido. Luego se dirigió al peón que acondicionaba los bultos recién llegados.
Ojeando los despachos dijo:
Bueno Cardozo, a ver si está todo, vamos a confrontar.
Si Jefe, no sea cosa que nos falte algo.
¿Cuatro bolsas de galletas y una damajuana de diez litros de Sarandí del Yi?
¡Están mi Jefe!
¿Ocho casilleros de chopes de Blanquillo?
¡Están mi Jefe!
¿Un cajón de comestibles y una bolsa de papas de Talita?
¡Están mi Jefe!
¿Una pala pocera y un rollo de alambre de Central?
¡Están mi Jefe!
¿Un ataúd de Central?
¡Faaaah! ... eso si que no lo veo ...
Bueno Cardozo, sigamos confrontando y después hacemos el reclamo como siempre: ¿de Central una mesa y seis sillas de cármica?
¡Están mi Jefe!
Muy bien Cardozo, lo único que nos faltó fue el ataúd, voy a telegrafiar.
¡Momentito mi Jefe, también le faltó el despacho al cajón de muerto que vino en el furgón de adelante!
El Jefe penso: muy bueno ¡pero que bruto!, y conteniendo la risa prosiguió el diálogo:
Bueno, bueno, vamos a entendernos; ¿falta un ataúd y sobra un cajón de muertos?
¡Ecole cuale mi Jefe!

CARDOZO COMPRÓ AUTOMÓVIL

No me hace el favor mi Jefe, si no es mucha molestia, no me llena el formulario para pedir un préstamo en la Caja Nacional.
Pero Cardozo, ¿otra Caja Nacional?, ¿qué va ha hacer con tanta plata?
Voy a comprar un auto mi Jefe, ya tengo cinco Cajas Nacionales en el Banco, le arrimo otro poco más y se la doy toda junta a mi primo que está en Montevideo. Allá salen buenos negocios... él es mecánic
o y sabe mucho de fierros, nos criamos juntos; somos como hermanos...
Muy bien Cardozo, si es así lo felicito, los gustos hay que dárselos en vida.
Si mi Jefe, después lo voy a invitar a cazar liebres y perdices. ¡Se da cuenta!, dijo emocionado, ¡yo manejando un Roy Roy... y Ud al lado mío cazando con su escopetita... y capaz que hasta consigo novia ...
Como no Cardozo, será un placer ir a cazar con Ud. y sobre si va a conseguir novia, seguro que si, ya de alpargatas mujeres no le faltan, y con auto... imagínese, todo un "Don Juan".
Después de algún tiempo Cardozo fue al Banco y retiró todo el dinero, cobró la Caja Nacional y se fue en el tren de la tarde para Montevideo.
De regreso el Jefe le preguntó:
¿Y? como le fue, ¿compró auto?
Todavía no, pero casi. Le di todo al Julio. Me aseguró que me va a defender la plata como si fuera de él. Tengo que esperar algún tiempo, los buenos negocios no salen de buenas a primeras.
Cardozo soñaba, fantaseaba sobre el auto que tendría, ¿de qué color sería?, ¿y la bocina?, ¿cómo sonaría?. Se acordó de las mujeres que deseaba; señorita, ¿gusta dar un paseo en mi coche?. Él no sabía manejar, pero vendría Julio y le daría algunas lecciones.
Los días, las semanas pasaban. Comenzó a impacientarse. Llamó por teléfono a Montevideo y las noticias fueron alentadoras. La semana próxima embarcarían a su nombre un hermoso Buick del '29.
¿Buick del '29 Cardozo?, ¿no son tragones de nafta?
No se nada, si el Julio me lo compró... tengo una fe ciega en el Julio, contestó Cardozo, pensando que su superior comenzaba a tener celos por su automóvil.
Y Ud. no va a ir a Montevideo a firmar los papeles?, la transferencia y los títulos cuando los arregla?
El Julio me dijo que no le diera bolilla a los papeles, lo que importan son los fierros.
Y al fin llegó. Que era Buick era Buick, pero que marchara...
Jefe ¿Cómo lo bajo? , yo no se manejar y el Julio anda medio engripado y no pudo venir a enseñarme.
Bueno bueno, vamos a ver, yo algo entiendo. Acá no venden nafta, para embarcarlo en Central le vacían el tanque para que no sucedan accidentes. Vamos a tener que encargar a Blanquillo.
En la tarde llegó la nafta.
- Ya nafta tiene Cardozo, vamos a darle arranque... epa! que pasa que no hace nada?...
El Jefe no lo quería desilusionar, pero pasó lo que sospechaba, el cándido Cardozo había comenzado con pié izquierdo su era de automovilista.
Aquel automóvil, que hace décadas lució orgulloso, hoy era un adefesio. El tapizado y la capota rota, "descalzo", el radiador una regadera... abolladuras...
La cara de Cardozo demostraba desilusión y rabia. Tantos sacrificios...
Y como va a arrancar, ¡mire, no tiene batería!
Este Julio... Y bueno, encargaré una a Sarandí del Yi ... y después si mi Jefe, vamos a cazar liebres!
Si Cardozo, pero primero vamos a hacerlo arrancar.
Tiene razón mi Jefe, ese Julio... contestó Cardozo moviendo con tristeza su entre calva cabeza.
Ya tenía batería. El Jefe se sentó al volante y accionó el botón: ¡ra!, ¡ra ra ra ra ra ¡ y nada, ¡ra ra ra ra ra! y nada..... así hasta que se agotó la batería.
Cardozo consiguió unos voluntarios, que entre risas y bromas empujaban. Pero el intento fue vano. Lo corrieron por todo el pueblo y nada.
-¿No será una basurita en el carburador mi Jefe? preguntó inocente Cardozo.
-No compañero, esto es más grave...
En eso uno de los voluntarios dijo, ¡capaz que con esto prende! y mostró un encendedor de

cigarrillos, lo que fue festejado con grandes risotadas.
Otro dijo: ¿Y si crías gallinas?, las podes hacer dormir adentro, ¡jua! ¡jua! ¡jua! así te sirve para algo.
Llamó varias veces a Julio hasta que finalmente dio con él:
-¡Julio, hermano, este auto es una porquería, no lo podemos hacer arrancar!, ¿no me lo podés cambiar?, quiero uno que marche, todos de ríen de mi . El mecánico dice que hace años que no funciona. Hay que hacerle el motor, comprarle gomas nuevas y sale un platal, cambiámelo hermano, quiero mi plata!
-Pero Cardozo, me está tomando el pelo?, le conseguí flor de coche, un sedan Buick americano, cuatro puertas, un lujo, alto barrero, especial para esos caminos, ¿y lo quiere cambiar porque hay que hacerle algunos detallecitos o algún envidioso le hace bromas? . Si no marcha fue por qué ustedes lo rompieron, de aquí salió caminando. Hágame el favor y no me moleste más. Y colgó.
Hermano, no me hagas esto... no me trates de usté ...
Con cara cenicienta hizo una mueca lastimosa... es que además de los cinco préstamos de la Caja Nacional, había perdido un hermano.

Pero el tiempo, todo lo alivia, lo hace menos doloroso.
Al principio no quería ni hablar del automóvil, pero después intentó venderlo. Lo ofreció por la mitad de lo que lo había comprado, y nada. Por la cuarta parte, y nada. No hubieron interesados.
Finalmente se decidió. Cortando aquí, sacando esto, poniendo aquello. Con la ayuda del Jefe y el herrero se hizo un carro para ser tirado por su yegua zaina, sacándose de la cabeza la idea de poseer automóvil.

EL VIAJE DE DON RAMIRO

Melancólico, taciturno, sentado displicentemente en un salón de 1ª. clase viajaba de regreso al pago don Ramiro.
Pensaba en su niñez. Cuando llegó a mozo. Sus novias. Sus salidas a los bailes. Sus negocios, sus paseos –no muchos, pero paseos al fin- . Todo, todo estaba relacionado con el tren, todo el pueblo dependía del tren.
De niño lo abordaba en la Parada donde cargaba la leche. Vendían al paso del tren quesos caseros producidos por sus padres. ¡Qué días más felices!
Iba recordando la cara de alguno de los Guardas que lo ayudaban a subir a los altos pescantes cuando vestía túnica blanca. Parecía que miraba por la ventanilla pero otras imágenes ocupaban su mente, algo borrosas aunque de pronto se aclaraban...
Casi todo el pueblo lo fue a despedir cuando partió muy radiante de luna de miel...
Recordaba, además a un Jefe obeso que fumaba toscanos, quien le vendió el primer abono estudiantil. A un peón bajito, muy respetuoso que les llevó una noche fría y lluviosa el telegrama que anunciaba la muerte de su abuelo.
¡Y ahora esto, no puede ser!
-Ya llegamos don Ramiro, ¿estaba durmiendo? preguntó el guarda que lo conocía hacía años.
-Gracias, distraído, ¡durmiendo que va!
Al aproximarse al paso nivel el maquinista se anunció con una larga pitada, ¡qué lindo sonaba! y pensar que un día muy próximo dejará de escucharse.
En el anden, ansiosos lo esperaban varios vecinos.
-¿Y , que le dijeron en el Directorio?
Era cierto, corre hasta fin de año y después lo sacan.
¡Queeé! , ¿y Ud. que les dijo, que va a ser de nosotros?, ¡están todos locos, gastan una millonada para llegar a Tacuarembó con el puente y ahora que está pronto no corren más trenes, ¡están todos locos!
Yo se los dije, hablé y hablé pero dicen que la culpa no es de ellos, es de los gringos. Los créditos que vienen de afuera. Mientras corran trenes a pérdida ¡minga de créditos!. Levantarán las líneas, correrán servicios sustitutivos –así me dijeron- ómnibus, camiones, que se yo!. Harán carreteras nuevas. Me atendieron muy bien, me hablaron el Dr. y los secretarios trajeron unos carpetones negros, me mostraron estadísticas, movimientos de pasajeros, hasta Florida tanto, hasta Sarandí del Yi menos, de La Paloma para afuera dos o tres cuando viajan... Me nombraron que sé yo cuántos millones de pérdida por año, por mes, por día ... es de no creer me hicieron sentir culpable por defender el tren...
-Yo las emboco todas, compro heladera nueva para el boliche que esta acá enfrente y ahora me cierran la Estación. Si no viaja nadie ¿a quién le vendo? si serán dañinos, ¡terminan con el pueblo!, tenía que haber vendido cuando me lo salieron a comprar!.
-¿Y para mandar telegramas?, "¡que disgracia , quedamo aisla´o!".
-¿Y para mandar mis naranjas y "mis buebos", ¿cómo hago? , no tienen sentimientos, pobre campaña...
-¿Qué "onimo" va a entrar por estos caminos?, purita piedra y pozos, y en invierno, cuando las cañadas se salgan "pa´juera"que ni los "trastore" pasan, haber que digan que hacemos a ver... ahh! no haber ido yo...
-Perdónenme muchachos, estoy igual que ustedes, no quiero hablar más por hoy, me voy para casa.
Y así, cada cual por su lado, partió silencioso, pensando en los días aciagos que se aproximaban.

RIELES OXIDADOS

Forjados en Lancaster, fueron cargados en un gran navío en el puerto de Liverpool.
Tras largas jornadas atravesaron los mares hasta llegar a su lejano destino.
Símbolos de progreso y esperanzas.
Fueron diseñados y construidos para que el genial invento de Stephenson tuviera utilidad.
Muchos obreros trabajaron en su fabricación. En minas de carbón, arrancando combustible para los hornos siderúrgicos. También sudaron para extraer el hierro, manipular los grandes crisoles, manejar las grúas...
Y ya en nuestro País, otros obreros también transpiraron para colocarlos, clavarlos a los "durmientes" y alinearlos paralelos.
Hay muchas cosas que deprimen, una de ellas es ver **Rieles Oxidados...**

"SALA DE ESPERA"

Todo está desierto, hay un silencio que duele, que ahoga, deprime.
A pesar del tiempo aún puede leerse en unos viejos y oxidados carteles "POLVOS COOPER", papel de fumar marca "JARAMAGO", creolina "LA BUENA ESTRELLA", documentos de una época ya pasada que nos trae tantos recuerdos...
Bajo el alero, un pequeño cartel de madera pintado de negro con letras blancas luce "SALA DE ESPERA" encima de una puerta que nos conduce a una pieza amueblada solamente con dos largos bancos de hierro y madera.
Nadie hay dentro, todo es nostalgia, soledad y un gran silencio. ¡Cuántos viajeros habrán ocupado esos bancos!, testigos de tantos romances, incoherentes monólogo de borrachos, ruidosos comentarios pueblerinos de frases fluidas, interminables discusiones airadas...
En una de las paredes –tabique de tablas- está la "BOLETERIA".
¿Cuántos con gran ilusión adquirieron pasajes para la Capital en busca de días más prósperos?. ¡De cuántos diálogos fue testigo!: ¿Cómo viene el pata´e fierro?, una de las preguntas que resonaron cientos de veces en esa pieza llena de fantasmas.
En el centro, allá arriba, un gancho herrumbrado donde colgaban faroles. Olor a humedad que habla de largos encierros...
¿Qué diría aquel hombre menudo y nervioso, que al barrer regaba con agua y creolina al ver esas telarañas, esos hormigueros?
¿Cuánta gente habrá pasado por ahí?, cuántos niños que hoy son viejos, y cuántos viejos que hoy no están...
Y en la otra pared un gran pizarrón escrito con tiza tiene esta frase que algún ferroviario escribió con mucha rabia y gran dolor:

"POR ORDEN SUPERIOR Y HASTA NUEVO AVISO
A PARTIR DEL 1º/1/1988 NO CORREN MÁS TRENES DE PASAJEROS.

EL JEFE"

Quisimos incluir en "Rieles Oxidados", el aporte de un gran ferroviario, que dio lo mejor de si por el ferrocarril. Trabajador, amante de las letras y buen amigo, don Víctor Aguiar Martínez nos entrega lo siguiente:

UNA NOCHE DE RELEVO

Es una noche estrellada
En una Estación cualquiera
Se oye una larga pitada
Que el eco repite
En forma lejana

Se escucha el golpear de "topes"
Y el chirriar de sus resortes,
Al tomar la curva larga
El pesado tren de carga
Que se aproxima del norte.

Se ponen en movimiento
Todo el personal de turno
Sin detenerse un momento,
Con el farol de tres luces
Porque van a hacer un "cruce"
Con un vacío de "adentro".

El telegrafista atento
A lo que pasa en la "playa"
Con sus ojos de Atalaya
Vigila los movimientos.

Y escucha con atención
Los golpes del "Block Staff"
Y pasa una noche más
La vida del relevante
Un mate y una galleta
Un churrasco al mediodía,
Así completa ese día
Para seguir adelante.

VICTOR AGUIAR MARTINEZ
(Pinocho)

INDICE



CARLOS PÉREZ D'AURIA

Nació en la ciudad de San José el 13 de diciembre de 1946.
Casado en 1974, con María de los Angeles Machado. Tiene tres hijos: Silvina, Marcos y Elina.
Trabajó muchos años en la Administración de Ferrocarriles del Estado y actualmente es empleado del Banco de Previsión Social, en Florida.
Se desempeñó como Edil en la Junta Departamental de Florida (1990 – 1995), siendo autor de "Historia de Nuestras Calles" (1994); "Qué y a Quienes Recordamos" (1996), "Guía Práctica de Florida" (nomenclator, 1997), "Conociendo Nuestros Barrios" (fascículos, Diario Cambios) y "Noticias del Ayer floridense" (fascículos, Diario Cambios), y "La Defensa Heroica" (inédito). Colabora con distintos medios de prensa de nuestro Departamento, siendo actualmente periodista del Diario Cambios.

Editado por Diario CAMBIOS
Octubre de 1999
Luis A. de Herrera 609
Florida